

el hombre que se cree el origen de la especie humana, y no de la naturaleza; y que ha sido constituido en una dignidad orgánica, intelectual y moral superior á la animalidad. Mas ¿ha resultado de una sola pareja, ó en el árbol genealógico de la humanidad debe contarse tantos primeros padres, cuantas razas existen? ¿el negro y el blanco, el Mongol y el Americano descienden del mismo Adán,

#### CAPITULO XIV.

#### LA FE Y LA ANTROPOLOGIA POLIGENISTA Ó LA UNIDAD DE LA ESPECIE HUMANA.

Hemos probado que el hombre procede de Dios, y no de las energías transformistas de la naturaleza; y que ha sido constituido en una dignidad orgánica, intelectual y moral superior á la animalidad. Mas ¿ha resultado de una sola pareja, ó en el árbol genealógico de la humanidad debe contarse tantos primeros padres, cuantas razas existen? ¿el negro y el blanco, el Mongol y el Americano descienden del mismo Adán,

ó más bien por una sola familia humana, son grupos separados de hombres?

Bajo el punto de vista científico la cuestión es muy importante, porque si cada raza procede de un tronco distintivo, las razas se convierten en especies, y la unidad del género humano queda destruida hasta el punto de tener que hacerse las clasificaciones antropológicas.

Además, la cuestión tiene una importancia inmensa bajo el punto de vista teológico. Si se suprime en el origen del género humano la pareja primitiva y única, la solidaridad humana, sea en la caída sea en la redención no puede existir. La transmisión genealógica del pecado original es imposible entre los que carecen de parentesco: la falta cometida por un primer padre de color blanco en Asia, no puede alcanzar ni por herencia, ni por complicidad, á los hijos de un padre negro que vive en el África; y la culpabilidad, inoculándose con la sangre, no podría inocularse ni comunicarse entre dos sangres que no se mezclan. El dogma de la redención del mismo modo que el de la caída, descansan en la fé sobre la unidad de la especie humana. Así como todos hemos pecado en Adán segun S. Pablo, todos hemos sido redimidos por Jesucristo: así como no existe un solo hombre á

quien se niega la virtud redentora, tampoco hay uno solo para el cual sea inútil. En rigor, y según hemos visto, el diluvio puede ser considerado como una catástrofe local; mas la inundación del pecado y la de la redención se han extendido sobre la tierra. De donde resulta, repito, que la economía evangélica descansa en el hecho de la unidad de la especie humana hasta tal punto, que destruido este hecho, el cristianismo pierde las bases sobre las cuales descansa y por consiguiente se viene abajo.

Finalmente, la cuestión es también capital bajo el punto de vista filantrópico. Si los hombres no proceden de un mismo tronco, ¿estarán obligados al cumplimiento de deberes de afecto recíproco, porque se parezcan unos á otros? De ser así, los tres dogmas del símbolo filosófico libertad, igualdad, fraternidad, pasan al rango de meras supersticiones. ¿En virtud de qué derecho, nosotros, gentes de la raza caucásica, hemos de conceder la libertad del negro que juzgamos indigno de ella; de considerar igual nuestro al Iroqués, que dista mucho de serlo; de mirar como hermanos á todos aquellos pueblos que, no siendo de procedencia adámica no hemos de mirar como tales hermanos? Estas consecuencias son tan lógicas

que la diplomacia esclavista no ha vacilado en emplearlas en su favor. En 1844 M. Calhoun, Ministro de negocios extranjeros en los Estados Unidos, desestimó las instancias de las potencias negrófilas, apoyándose en las diferencias radicales que separan los diferentes grupos humanos. Los naturalistas Morton, Niot y Gliddon, sugirieron tan bárbara excusa á las conciencias anglo-americanas, si es que merecen el nombre de naturalistas, los que emplean su ciencia en propagar sentimientos contrarios á la naturaleza. Ya se alcanza que no eran en manera alguna razones zoológicas, las que alegaban los plantadores para sostener la conveniencia de la esclavitud de los negros; mas aun cuando tales razones no se aducian sinceramente, en cambio eran tales en el terreno de la lógica: si el pretexto carecía de las condiciones de buena fé, reunía las de arma de ley en buena guerra, y la negación de nuestra unidad específica, autorizaba estas consecuencias fratricidas.

El cristianismo no está únicamente interesado por sus dogmas y por su moral en la cuestión que ventilamos, lo está también por su historia. Con anterioridad al mismo, cada pueblo se atribuían un origen particular. Los Pelasgos, los Helenos, los Troyanos, y muchos otros se pro-

clamaban autóctonos. El Evangelio derribó la barrera que separaba unos de otros dichos grupos y las influencias de la fraternidad en Adán y en Jesucristo hicieron una sola familia de todos los pueblos de la tierra: al presente, gracias á haber aljurado esta creencia, el anticristianismo ha caído en flagrante contradicción. Científicamente enseña la pluralidad de las especies humanas, lo cual vale tanto como decir que, por lo mismo que no son hermanos todos los hombres no vienen obligados al cumplimiento de los deberes que impone la fraternidad, al paso que profesando políticamente el cosmopolitismo, tiende á borrar la frontera de las nacionalidades, después de haber levantado entre las diferentes razas un muro insuperable. Así se explican los dos movimientos en sentido opuesto que caracterizan nuestras tendencias sociales: egoísmo espantoso, y afectadas protestas de amor universal; es decir, que la negación predica la simpatía, que acaba de destruir, cual si quisiera sincretarse de su crimen.

Ann cuando el dogma de la unidad de la especie humana sea de origen cristiano, no debe presumirse que no haya tenido impugnadores en el seno mismo de la comunión cristiana. Lapeyrière, gentil hombre protestante, al servicio del

príncipe de Condé, publicó un sistema de filosofía fundado en la hipótesis de generaciones preadámicas, de las cuales existirían todavía descendientes. Según él y sus secuaces, Moisés refirió la historia de dos creaciones sucesivas: la narración de la primera, terminaría en el versículo cuarto del capítulo segundo del Génesis; la de la segunda, comenzaría en estas palabras: *Hé aquí cuales son las generaciones del cielo y de la tierra*. En este sistema la historia de Adán y de su posteridad es simplemente la de la raza judaica. Los gentiles creados anteriormente, es decir, en el día sexto de la semana hexamérita al propio tiempo que los mamíferos, habrían formado una población aparte, y aparecido simultáneamente sobre la tierra; de esta suerte, como se ve, se habría desarrollado un número prodigioso de troncos humanos, el último de los cuales, representado por Adán y Eva, se distinguiría por el rasgo característico de haber venido con posterioridad á los demás, y de haber dado nacimiento al pueblo de Dios.

Semejante utopía, caída hace mucho tiempo en el mayor descrédito, se ha tratado de rejuvenecer en América, donde las mayores extravagancias tienen asegurado el éxito. Acostumbrado dicho país á decidirlo todo por medio de la

Biblia, ha considerado de gran efecto la conciliacion de la hipótesis de la antropología materialista sobre la pluralidad de las especies, con los textos sagrados. Los esclavistas han venido á ser la expresion genuina de esta singularidad doctrinal, que han apoyado con gran aparato de consideraciones filosóficas, históricas y geográficas. Mas ello es que cuantos esfuerzos han practicado para poner de manifiesto la concordancia, caen ante la evidencia luminosa de estas dos autoridades. El Génesis da el nombre de Eva á la *madre de todos los vivos* (1) y por consiguiente del género humano entero. Por su lado San Pablo nos asegura *que así como gracias á un solo hombre, ha penetrado el pecado en el mundo, de la propia manera, la muerte ha sido comunicada á todos los hombres por aquel en quien todos han pecado* (2).

¿Qué pueden responder á tales soluciones los poligenistas que se preocupan de la ortodoxia? Nada que valga la pena de ocuparse en ello. Dejémoslos pues que luchen con las dificultades exegéticas, mil veces mas inextricables que la

(1) Gen 3 25.

(2) Rom 5 12.

dificultad científica á la cual pretenden escapar, y apresurémonos á resolver esta.

Recordemos aquí, segun Buffon, que la especie es una sucesion constante de individuos parecidos que se reproducen. Recordemos tambien que la semejanza fundamental de los individuos no excluye ciertas variedades muy secundarias y que cuando tales variedades se han perpetuado por herencia constituyen una raza. Establecidos cual corresponde tales procedentes, vamos á demostrar por medio de argumentos científicos, que el género humano procede de una sola pareja primitiva. Esta verdad de primer orden descansará sobre dos motivos generales. 1.º Que las semejanzas existentes entre las razas humanas atestiguan la unidad de la especie; 2.º que las objeciones de la diversidad nada prueban contra esta unidad.

## I.

Que las semejanzas existentes entre las razas humanas, prueban la unidad de la especie humana, es una tesis, acaso menos prudente que esta: las diferencias existentes entre dichas razas, nada prueban contra esta unidad. En efecto, la segunda, meramente defensiva, no exige en manera alguna de la ciencia el que produzca certezas opuestas á la unidad, al paso que la primera, más ámplia, empéñase en la lucha en nombre de la unidad contra la ciencia; sin embargo, como se completan recíprocamente, y como tan incontestable nos parece la una con la otra, no vacilaremos en sostener que la unidad de la especie humana resulta de los caracteres genealógicos, psicológicos y anatómicos propios de todas las razas.

Pongamos patentes una vez más á los ojos del lector, las inconsecuencias de la negación en

este asunto. Es por cierto cosa extraña, que en unos tiempos en que tanto empeño se pone en demostrar el parentesco entre el hombre y el mono, se ponga en duda el parentesco original entre el Europeo y el Africano. En la misma página en que admite Vogt la posibilidad de que procedamos de los cuadrumanos, niega la de que el negro y el caucásiano procedan de la misma pareja. Hasta pretende, no recuerdo dónde, que la pluralidad de las especies sería una cosa indudable, «si no enseñara lo contrario un cuento viejo, inserto en los libros de Moisés.» Lo cual me autoriza para decir, que de seguro no atacaría la unidad de nuestra especie, si nó fuera por el placer de combatir el cuento viejo.

Y sin embargo, el cuento pretendido hállase perfectamente de acuerdo con la ciencia, y aduzco como prueba las que he llamado relaciones genealógicas de las razas. Hemos visto que la unión de dos especies diversas resulta estéril, ó lo más, goza de una fecundidad limitada á algunas generaciones. En virtud de esta ley, si las razas humanas fuesen otras tantas especies, su cruzamiento resultaría ineficaz para la multiplicación. Sin embargo, en la práctica resulta todo lo contrario. Los enlaces entre las razas más diferentes son fecundos, con la circunstancia

de que cuanto más se acentúa la diferencia, tanto mayor es la fecundidad. Por consiguiente, basta este solo hecho para decir que las razas humanas son formas distintas de una misma especie. De ser especies de un mismo género, su descendencia resultaría herida de esterilidad. Los numerosos y variados experimentos realizados con este propósito revelan que la ley es indubitable; de manera, que el carácter diferencial más positivo de las especies del mundo animal, se aplica á la especie humana, y para desconocerlo, la ciencia se ve obligada á negar sus principios, es decir, á concluir de una manera extra-científica.

El hecho de esta reproducción y de esta procreancia entre individuos de razas diversas es permanente y por lo tanto puede desmostrarse en todos los puntos del espacio, y en todos los momentos del tiempo. Con todo, es sumamente curioso verificarlo en el conjunto de sus fenómenos, en cuyo caso se obtiene de parte de la geografía y de la historia la siguiente brillante confirmación.

Todos los tipos humanos pueden reducirse á uno solo, el de la raza caucásica. La raza negra, que es la que más se separa, dice M. Quetrefage, se une á aquella por medio de la raza ma-

laya ó atezada (morena), que formada entre ambas la transición: así como la raza mongola acitunadase refiero ó enlaza con la raza blanca, por medio de la americana ó cobsiza. Bajo cuales influencias se han determinado las variantes de color, dióide, talla ó de conformación de esas diferentes especies, lo diremos más adelante; el presente nos contentaremos con dejar consigado que el sello específico entre una y otra se halla gradualmente, marcado, y que es mucho más fácil admitir tales variedades procediendo de la misma unidad, que reducir á la unidad específica cada una de dichas variedades.

Y esto es tan cierto, que á los adversarios de la unidad de la especie podría negárceles la pluralidad de las razas, ó por lo menos la clasificación que hacen de las mismas. Los signos característicos de la raza no son ni suficientemente constantes, ni harto precisos, dice Juan Muller, para que pueda decidirse sin incertumbre. No se conoce principio científico alguno que permita discernirlos de un modo seguro: Blumenbach cuenta cinco; Pritchard, siete; Flourents los reduce á tres. El Tártaro y el Finés, ¿pertenecen al tronco caucásico ó al mongólico? Los Papuas y los Alifurons, ¿son negros ó malayos? Dichas preguntas constituyen otras tantas dudas

que arrojan sobre los rasgos de las razas una indecision que pone de relieve la unidad de la especie. En efecto, el verdadero Génesis del género humano se destaca mas patente al través de esos cruzamientos de líneas en el sentido de que cuando menos acentuados tienen sus límites los grupos humanos, tanto más se revela la unidad del tipo primordial.

Humboldt manifiéstase especialmente sorprendido de ése carácter unitario, que se observa hasta la variedad de las razas, cuando de estas diferencias graduadas deduce, expresándose en los siguientes términos, la unidad de la especie. "Cuando se considera á las razas simplemente en sus variedades extremas se las juzga procedentes de troncos distintos: mas cuando se han observado las numerosas gradaciones que la ciencia geográfica ha visto en el color de la piel y en la estructura de los cráneos; cuando se conocen los profundos trabajos de Tiedeman sobre el cerebro de los negros, y de los europeos, y los estudios anatómicos de Vrolik y de Weber sobre la configuracion del bacineté; cuando se nota la arbitrariedad que preside al agrupamiento de las razas hasta tal punto que este agrupamiento varia incesantemente, por lo mismo que no existe uno sólo que se funde esencialmente en un

principio de la naturaleza; por último, cuando se comparan los tipos humanos, no en sus formas extremas, sino teniendo en cuenta los matices intermedios por los cuales dichos extremos se enlazan, llegase más fácilmente á afirmar la unidad de nuestra especie, que á sostener la opinion contraria (1)."

¿Puede aducirse una razon imparcial, más desinteresada, ni que se apoye en más seguros fundamentos, al servicio del dogma que defendemos? Pues todavía puede tener más firme apoyo en argumentos fisiológicos no ménos evidentes.

Existe en el hombre una parte invisible no ménos verdadera que su estructura física, por la cual, ménos sujeto á la mutabilidad, lleva más visiblemente impreso el sello de la unidad específica. Todas las razas humanas se hallan dotadas, por ejemplo, de una inteligencia *sui generis*, y siquiera en distinto grado, las costumbres, la educacion, una porcion de causas externas, pueden reducir á tal punto esta diferencia, que los negros educados en las mismas condiciones que los Europeos, llegan frecuentemente al mismo grado de desarrollo, al paso que los

(1) Cosmos I, 272 422.

Europeos educados entre salvajes no sobrepujan el nivel intelectual de los individuos que les rodean. Más á menos todas las razas humanas hallanse dotadas de pasiones idénticas, cual si con ello dieran testimonio de que han participado de la misma caída. Donde quiera que se lea una tragedia de Racine ó una comedia de Moliere, si el lector está dotado de inteligencia, no podrá menos que exclamar á la vista de esas admirables pinturas del hombre, sea Africano ó Europeo, Hotentote ó Australiano, conozco á este hombre. En más ó ménos, todas las razas humanas se hallan dotadas de conciencia ó de sentimiento moral. Los caníbales de la Australia se ocultan para celebrar sus horribles festines de carne humana, y despues de haberlos terminado los niegan y se defienden como de un crimen. En el Soudan, donde ciertas tribus negras se cazan y se devoran mutuamente como rebaños de bestias (1), asegura Livingstone que son debidamente honrradas otras prescripciones de la conciencia natural. Finalmente, los pueblos que tienen menos moralidad, son susceptibles de adquirirla mediante el contacto de la civilización

(1) Richardson. Vida del negro.

cristiana, y un misionero del Evangelio, en pocos dias de predicacion, eleva el alma del Boschisman á ciertos escrúpulos de conciencia, de que jamás se precorpará el mono mas inteligente.

Todas las razas humanas, en mayor ó menor escala, se hallan dotadas de la facultad de hablar. Ahora bien, mas adelante demostraremos que el estudio comparativo de las lenguas tiende á disminuir el número de aquellas que pueden ser consideradas como tipos, y á reducirlas á la unidad. Hay mas, este resultado, siquiera en parte, se ha obtenido ya. Y así como las lenguas semíticas é indogermanas, han demostrado por sus afinidades reciprocas su origen común, del propio modo hay motivos para suponer que las demás aparecerán al exámen filológico como simples variedades de una misma lengua primitiva, es decir; como pruebas indirectas de nuestra unidad específica.

En más ó en ménos, todas las razas se hallan dotadas del sentimiento de la fraternidad. A los ojos de la legislación, como á los de la conciencia individual; ante la filosofía negativa, del mismo modo que en presencia de la ley cristiana, jamás se establecerá la menor diferencia entre

el asesinato de un blanco ó de un negro, entre la vida de un malayo y la de un mongol. Ciertó que fué este un sentimiento que corroboró y robusteció el cristianismo; mas, fijese bien la atención en que lo corroboró, no lo suscitó como cosa nueva en la naturaleza caída; de aquí que en nuestros días la naturaleza no puede renegar de él, ni aun en aquellos libre pensadores en que pretende dejar de ser cristiana. Hé ahí, sin embargo, una fraternidad puramente de convención, dado que todos los hombres no precedan de una misma familia. ¿A qué vienen las simpatías de parentesco entre semejantes que no son parientes? Esto no puede explicarse sin un sentimiento espontáneo, profundo, universal de nuestra unidad específica, contra la cual no puede prevalecer utopía alguna.

Finalmente: en más ó en ménos, todas las razas humanas se hallan dotadas de religiosidad. Segun dejamos consignado, en todas partes se reza, se adora, y se ofrecen sacrificios bajo distintas formas; pero con una inclinación igualmente invencible. Es para el hombre una tendencia tan natural arrodillarse, ó postrarse para honrar al Señor de todas las cosas, como lo es el echarse para dormir, ó el elevar la voz al cielo en demanda de socorro, ó el verter lágrimas

para expresar el dolor. Ahora bien; si esta predisposición no es una herencia de familia, ¿de qué modo puede explicarse? Si la humanidad ha resultado de diferentes parejas primordiales, ¿en qué consiste que no se haya encontrado una sola de estas parejas que fuera libre pensadora, ni una sola de sus posteridades que no haya tenido necesidad de Dios? Las coincidencias tan frecuentemente repetidas de los mismos instintos religiosos, simpáticos, morales, intelectuales en el hombre, ¿no son una prueba patente de que sus rasgos son hereditarios, no fortuitamente idénticos, y de que se desenvuelve á manera de cadena suspendida por uno de sus eslabones, y no como plánto compuesto de muchos piés que crecen independientemente los unos de los otros?

De la propia suerte encontramos la indentidad de la fisonomía moral, impresa en todas las razas; mucho más favorable al dogma de la unidad, que sus semejanzas físicas; y si Humboldt, con solo haberse fijado en las últimas, considerará á todos los hombres como la posteridad de un mismo hombre, despues de haber estudiado la primera se proclama todavía más rotadamente la propia conclusion. No de otra suerte en una galería de familia pueden observarse diferen-

cias harto notables en los retratos de niños; mas el ojo experimentado, al través de esta variedad de rasgos, reconoce fácilmente á los hijos de un mismo padre.

Las relaciones genealógicas de las razas saben pues al apoyo de la ley que estamos demostrando: otro tanto acontece con las semejanzas anatómicas.

Delitzsch, Pritchard, Perty y muchos otros naturalistas han hecho notar que las razas humanas más diferentes, acuérdanse perfectamente respecto de los siguientes extremos: una misma estructura orgánica; idéntica duración media de la vida, la misma propension á la enfermedad; la propia temperatura media del cuerpo, la misma frecuencia media en los latidos del pulso; idéntica duración en la preñez; igualdad en la duración de los períodos menstruales. Ahora bien, semejantes conformidades, añaden dichos sábios, jamás se encuentran en las diferentes especies de un mismo género, si no en las razas de una misma especie.

Y no hay cosa más anticientífica que no creer en la identidad de un organismo que se presenta bajo diferentes aspectos. El niño, el jóven, el anciano, ¿no son acaso un ser revestido de tres apariencias distintas? ¿Es por ventura cosa

nueva ver á un mamoncillo rubio y rosado, convertirse, de adulto, en moreno con pelo negro, y á un angel de belleza en tipo de fealdad? Y descendiendo la escala del reino animal, ¿quién no ha contemplado con sorpresa las transformaciones de la larva en crisálida y de esta en mariposa? Y sin embargo, las indicadas no son más que variedades de unos mismos individuos: las de la misma especie han de ser precisamente más pronunciadas y numerosas.

Si del reino animal pasamos ahora al vegetal, veremos que los cambios de un tipo primitivo se operan continuamente en condiciones no menos sorprendentes. Gracias al cultivo y á la trasplatación, los árboles enanos se convierten en gigantes; las flores sencillas en dobles; los frutos silvestres de que se alimentan los animales en los bosques, adquieren en nuestros vergeles un sabor y una belleza que las hace dignas de figurar en la mesa de los príncipes. En una palabra, la fauna y flora de cada país varían con el suelo, el clima, los hábitos y los cuidados de la domesticación. ¿Qué tiene pues de particular que se modifique la especie humana bajo las mismas influencias? Sin embargo merced á una consecuencia que tiene muy poco de científica, se encuentra muy sencillo y muy extraño el que

no se parezcan completamente los hombres de ambos emisferios.

Tres variedades fundamentales resumen la<sup>s</sup> divergencias de las razas entre sí: la estatura, el color, y la forma de la cabeza; ningunos de estos caracteres prueba que las razas sean especies, ó que la misma especie no haya podido modificarse hasta el punto de producir todas estas razas (1).

Las naciones del Norte son generalmente de menor estatura que los habitantes de las zonas templadas; mas por una especie de compensacion de la naturaleza, no se encuentran verdaderos enanos. Cinco piés, talla de la cual difficilmente excede la inmensa mayoría de los Europeos, forman un mínimo del cual apenas desciende un pueblo entero, en tanto que seis piés parecen ser el máximo de altura que puede alcanzar una nacion, siquiera existan algunos individuos que de ella excedan. La relacion entre la estatura del patagon y la de los esquimales apenas es la de dos á tres, en tanto que para ciertas variedades

1 Véase el excelente trabajo que, respecto del particular, acaba de dar á luz Monseñor Meignan, Obispo de Chalons, con el título de El hombre primitivo.

de perros varía de uno á doce, existiendo variedades de bueyes domésticos en los cuales la diferencia va de uno á seis (2). Es un principio incontestable en historia natural que los organismos y los órganos se mantienen en relaciones de proporcionalidad mucho más normales entre las diversas razas de hombres, que entre las diversas razas de animales: el límite variable de la talla, en particular, está tres ó cuatro veces más circunscrito entre los hombres, que entre los animales, ¿Por qué han de aducirse en contra de la unidad del reino animal estas diferencias que jamás se invocan contra la de las especies animales?

En cuanto al color de la piel, tampoco prueba nada en favor de la antropología poligenista. Cierto que la raza Caucásica es blanca y la Mongola es amarilla, y la Etiópica negra, y la Americana roja y la Malaya morena, mas estas diferencias de coloracion halláanse explicadas por una porcion de circunstancias, con tanta exactitud como las diversidades de origen. La piel de todas las razas se compone de las mismas capas, dispuestas en el mismo orden: la dermis, la epi-

2 Schubert, Gisch, der natur, III, 407.

demia, y un cuerpo mucoso. Este cuerpo es susceptible de tintes de todos los colores, por grados imperceptibles, desde el blanco al negro, bajo la influencia de causas en parte estadiadas. De aquí los variados matices de la piel en las razas humanas, matices que primitivamente han sido determinados ó por accidentes bruscos perpetuados por la herencia, ó por la acción lenta de los medios.

Los accidentes bruscos no son en manera alguna una suposición quimérica. Un viajero inglés vió en el Haran, al este del Jourdain, una familia en la cual el padre y la madre eran blancos, como lo habiau sido todos sus antecesores, y todos los hijos eran negros. En cambio, entre los negros se encuentran á veces individuos blancos, cuyo color excepcional se trasmite de padres á hijos (1) Bufon refiere el ejemplo, completamente auténtico, de un jóven y una jóven que á la edad de quince años vieron cambiado en blanco su color negro, de un modo tan completo, que el negro solo se distinguía en estado de *peças* que *embellecian* su rosada epidermis. En realidad las *peças* no son mas que puntos negros

1803

1 Pritchard, 1 270 220 422.

sembrados en el cuerpo de un blanco como para atestiguar que, puesto que subsiste la transición del uno al otro de dichos extremos, han podido confundirse en un momento dado. Por su parte nos dice Camper que una jóven durante el estado de gestacion, convirtióse en negra. Y si pasamos á las categorías inferiores en el reino animal, veremos que nada hay tan sujeto á cambios como el pelaje y la coloracion del pelo, de manera que ha sido posible aplicar á los organismos lo que decia Linneo del aspecto de las plantas: *Nimium ne creda colori*.

¿Qué se requiere, sin embargo, para constituir un grupo de color diferente? Que dichos anomalías se hayan fijado y trasmitido por vía de generacion. El carnero padre de la raza *mauchamps*, nació hace cuarenta años en Rambouillet de un verdadero capricho de la naturaleza: al presente se ha multiplicado, y lo que no era mas al principio que una excepción, constituye hoy el gérmen de una posteridad numerosa.

Edward-Lambert, americano, dice M. Quatrefages, justifica plenamente el apodo que se le diera de *el hombre puerco espín*; pues estaba provisto de una cubierta oscura, de una pulgada de espesor que mudaba anualmente. Tuvo seis hijos, de los cuales murieron cinco: el que

sobrevivió contrajo matrimonio y á su vez tuvo dos hijos con cubierta como su abuelo. A poco que hubiese crecido esa familia de envoltura carnosa, de seguro no habria faltado ningun libre pensador que hubiese dicho y aun anunciado á tisfecho, la aparicion de una nueva especie; y sin embargo, sólo habria podido verse en ella la existencia de una raza mas.

El abuelo de Colburn, el célebre calculador, tenia seis dedos en cada mano y en cada pié; casóse, y tuvo tres hijos que ofrecian el mismo fenómeno. La raza de los sexdijitarios hallábase en vias de formacion: de haber crecido, ¡qué argumento en favor de las opiniones poligenistas!, y sin embargo nada habria probado [1]

Es imposible iméjinar el número de ramificaciones y de subdivisiones que habrian caracterizado el reino hominal, si los padres y las madres en lugar de favorecer las deformidades de su familia, no hubiesen procurado hacerlas desaparecer por respeto á la santa imágen de Dios. Mas como el tinte más ó menos pronunciado de la piel no constituye una alteracion de la forma humana, los primeros negros no tuvieron moti-

1. E. mundo y el hombre primitivo pp 226 7. 2.

vo para ver con repugnancia el proporcionarse una posteridad de su propio color. Es verdad que aún cuando la hubiesen experimentado, no habrian podido evitar las consecuencias, porque una vez impresa en el cuerpo una marca particular, debe persistir, si los individuos que la llevan, se unen entre sí durante muchas generaciones, sobre todo cuando las circunstancias que han influido en el nacimiento de esta particularidad, son favorables á su conservacion. Siempre resulta, escribe Waitz, que estas observaciones no proporcionan un medio á propósito para explicar el origen de las diversas razas (2).

Por lo demás, la coloracion de la piel en negro ó en rojo no fué en manera alguna consecuencia de un accidente sobrevenido de un modo brusco, y repetido indefinidamente por herencia: la accion lenta de las influencias ambientales podría explicarla.

Los africanos se blanquean en nuestra zona templada, sin llegar jamás á ser tan blancos como los europeos; al paso de los pueblos blancos se ennegrecen bajo la influencia de los trópicos,

2. Antropología de los pueblos etc.

sin convertirse completamente en negros en África, ni en rojos en América. Imagínese, sin embargo, una pareja blanca y la descendencia de de la misma procedente, establecida perpétuamente bajo los rayos perpendiculares del ecuador; ¿no llegará un día en que los lejanos vástagos de esos antepasados blancos, sean suficientemente oscuros para confundirse con los indígenas? ¿Para observar esta fusión de colores, sería necesario un experimento de muchos siglos. El hombre, cuya duración sobre la tierra es efímera por demás, no puede llevarla a cabo; pero Dios que puede disponer de la eternidad, ha realizado insensiblemente el fenómeno. Sostener lo contrario es más fa il que probarlo.

Lo que hay de cierto es, que el color de la piel no depende en manera alguna de una organización especial de la epidermis. Debajo de esta membrana existen granulaciones colorantes que contienen una materia más ó menos oscura, granulaciones que, como en las demás razas, se encuentran en la blanca; por consiguiente puede decirse que existe en todos los organismos una propensión, ó cuando menos una disposición á unirse. Esto es tan cierto, que los tipos más puros de la raza caucásica, al aproximarse á los países y al régimen de la raza

etiópica, adquieren el color de un modo muy pronunciado, de cuyo principio puede deducirse que durante los primeros tiempos del género humano, esta disposición, desenvolviéndose en un grupo en virtud de las influencias climáticas llegó á perpetuarse, constituyendo la raza negra.

En cuanto al pelo, tiene tan escasa importancia en la cuestión que nos ocupa, que solo la ignorancia puede haber opuesto sus innumerables variedades á la teoría monogenista. «En efecto, el pelo es lanudo y crespo, ó largo y lacio, negro ó blanco, rubio ó rojo, según el régimen higiénico, el país y la mezcla de las razas. Lo mismo en el hombre que en todos los mamíferos, de todas las partes del cuerpo es el pelo la más sujeta á variaciones. Así se explica que pierda fácilmente su carácter nativo y se le vea experimentar las modificaciones más inesperadas».

Aquí puede decirse que entre nosotros y la raza que fue llamada de los hombres oscuros existen otras diferencias que las del color, mas así como no son inconciliables con la unidad de nuestra especie las diferencias del color, tampoco lo son las de la conformación del cráneo.

Nada menos positivo ni más arbitrario; con frecuencia más contradictorio, y siempre menos

concluyent, que la aplicación de la craneometría á la resolución de las dificultades que nos ocupan. Ni la capacidad, ni la forma del cráneo se distinguen con perfecta determinación entre unos pueblos respecto de otros. Así se explica que existan tantos sistemas como clasificadores de las variedades encefálicas de nuestra especie. Dos grandes fisiólogos han dicho respecto del particular la última palabra del buen sentido, para aquellos que no tienen opinion preconcebida contra semejante autoridad.

«Por mas prevenido que se esté, escribe M. de Quatrefages, no podrá menos que reconocerse que el esqueleto de la cabeza varía entre grupos humanos.» Por ejemplo y sin comparación, a diferencia de las cabezas óseas no es menos considerable entre el Caucasiano y el Mongol, que entre el jabalí y el cerdo, ó bien entre el perro de Filipinas, tamaño como un jumento, y el falderillo pequeño como el paño. Sin embargo, Lioneo, Bufon, los dos Cuvier, Laidoro, Geoffroy, Saint Hilaire hacen descender todas las razas de perros de una sola pareja y refieren toda la raza porcuna al jabalí. ¿En qué consiste pues que las grandes desviaciones de la semejanza original no impidan á la ciencia el reconocer la unidad de las especies, y vea en aquellas

alteraciones motivos suficientes para negar nuestra unidad específica? Probablemente en que la ciencia es únicamente el pretexto para tales conclusiones.

Por consiguiente, no puede atribuirse al indicio encefálico el valor de un caracter de especie: lo único que en él debe verse es un signo de la raza.

Otro sabio, cuya especial competencia es universalmente reconocida, M. Flourens, resume sus observaciones de la Academia de ciencias, expresándose en estos términos memorables: «Los hombres, sea lo que quiera la raza á que pertenezcan, blancos ó negros, rojos ó amarillos, tienen todos con cortas diferencias, que en último resultado no pasan de individuales, la misma capacidad craneana.

«El cerebro ademas, no presenta diferencia alguna, absolutamente ninguna, ora pertenezca al hombre blanco, ora al hombre negro. Al contrario, el cerebro del negro difiere del de el orangutan en todo, por su volumen, y por sus lóbulos cerebrales; la parte donde reside la inteligencia es dominante y característica en el cerebro del negro.

En el dominio puro de la psicología, puede